

EL CUPIDO,

PERIODICO SEMANAL

DE

LITERATURA, POESIA Y MODAS,

DEDICADO

AL BELLO SEXO.

PRECIOS DE LA SUSCRIPCION:

EN MADRID POR UN MES

8 rs.

Se suscribe en Madrid, en la Imprenta
de D. FERNANDO de CASA-NOVA.

Calle de la Ballesta núm. 4. cuarto pral.

EN PROVINCIAS.

En todas las administraciones de C. rrecs.

PRECIOS DE LA SUSCRIPCION:

EN PROVINCIAS POR TRES MESES

30 rs.

COQUETISMO.

COQUETA! Qué os parece este nombre bellas y amables lectoras? Qué pensais de las personas que lo llevan? y qué, de la que trabaja por adquirirlo, como si fuera un laurel ganado por un guerrero en los campos del honor? Qué? Oh! lo adivino. Os parece un nombre despreciable; os parece una persona indigna de alternar entre vosotras, cuya virtud principal consiste en la constancia, virtud contraria á su pecado, que es la veleidad.

Ciertamente teneis razon, una coqueta es una hija espúrea de la sociedad, que se oculta en su seno, como la serpiente entre las flores, que hace brillar sus encantos, no mas que por destruir lo mas sagrado, que existe entre nosotros: el Amor.

Esa pasion dulce y consoladora, consuelo de nuestros males, y término de nuestras penas.

Y es posible hermosas que un fuego tan divino, que una pasion tan sagrada se haya convertido en un juguete vil, empleado para destruir las mas bellas ilusiones de la misera existencia. Nada hay mas cierto; una coqueta es dueña á veces de la existencia de un hombre; en su mano se halla el porvenir de mas de cuatro jóvenes que un dia pudieran llegar á ser la gloria de la patria que les dió el ser.

Si, yo he visto á algunos despreciar jóvenes, cuyas virtudes, cuya hermosura eran dignas de la suerte mas venturosa, por una muger de esas, por una *Coqueta*, los he visto que han hollado hasta lo que existe de mas sagrado, el amor filial; ¿y aun consentimos esos seres en nuestra sociedad? yaun hay quien los alhague y quien les rinda adoracion?..... parece imposible que en un siglo como el presente, cuya ilustracion es tan superior haya personas que no solo lo sufran, sino que lo alimenten.

Pero no se en verdad como eso me espanta; ¿qué direis si os aseguro, que no solo existen esos hombres, sino que los hay que tienen un deleite en serlo ellos? un hombre *Coqueta!* os

reis? pues nada es mas cierto, creedme, bellas, afortunadamente no se tardará mucho en que os lo haga ver palpablemente.

En la última oja de este periódico, ya habreis visto que hay una cara que lleva el nombre de *Berlín* pues ahí aparecerán retratados al natural para que de ese modo os podais librar de ellos.

Pero volviendo á lo que os decia, hay hombres *Coquetas* cuyo entretenimiento es llegar á una jóven y decirle «LA AMO A V.» y si ella es noble y candorosa y le contesta «Y YO A V.» esclama cuando se reúne á sus amigos «OTRA CONQUISTA.»

¿Y quién os parece mas despreciable? la muger que pasa su existencia coqueteando y vagando de placer en placer como la mariposa de flor en flor, ó el hombre que se rebaja hasta el punto de preindir de la circunspeccion que le es debida?

— «El hombre, no hay duda.» — ya os lo oigo decir, pensamos del mismo modo..... pero permitidme un pequeño paréntesis y concluyo este artículo (si es que estas líneas merecen ese nombre.)

(Ninguna de vosotras que me leéis ha sido alguna vez coqueta? ni por un dia tan solo?.... me parece imposible! sin embargo puesto que lo decís, fuerza me será creerlo.)

Ya terminé el paréntesis, y voy á concluir rogandoos, que si alguna vez os asalta esa idea, la desecheis, porque no existe ser mas bajo ni que mas digno sea del desprecio de toda persona sensata, que la *COQUETA*.

Fernando de Casa-nova.

LA

VICTIMA Y EL VERDUGO.

Episodio histórico de la revolucion francesa.

SEDUCCION Y CONSECUENCIAS.

I.

En una tarde del año de 1770, bajaba un jóven por una de las calles del arrabal de San German. Su aspecto carecia de aquella frescura y virilidad que por lo general son características en la juventud. Su mirada era oblicua; su manera forzada; sus ojos no tenían brillo. En cuanto á su traje, era de poco valor y usado: llevaba las ma-

nos metidas en los bolsillos de su leviton y seguia caminando á pasos ligeros la calle del arrabal. Llegó á una casa de mediana apariencia y llamó. Salió á abrirle una jóven como de 16 años, fresca y lozana como las rosas de abril. La noche tendia ya su manto sobre el ancho mundo. Asi que hubo entrado en la casa le preguntó ella:

— ¿Cómo habeis tardado tanto?

— He tenido que hacer; mis ocupaciones me lo han prohibido.

— ¿Qué semblante, Dios mio!

Estaba en efecto alterado, pues ademas de no ser bonito, la idea de lo que iba á hacer le inmutaba, si era posible que su alma se amedrentara por nada.

— ¿Está la cena ya dispuesta? preguntó entre dientes.

— Aun no es posible; es muy temprano.

— Bien.

— ¿Pero qué teneis?

— No tengo nada.

— ¡Dios mio, esclamó la jóven; ya no me hace caso! Ah, cuán necia he sido!

— Oidme, señora, le dijo él tratando de consolarla aunque en vano, pues desconocia todo noble sentimiento; ya es tiempo que sepais la verdad. Yo no puedo ser vuestro esposo; siento deciroslo, pero ¿qué quereis? Hemos sido unos necios los dos; mas diré, unos crédulos en fiarnos en promesas que no se pueden cumplir.

— ¡Traidor! esclamó la jóven, tú no las cumplirás pero yo sí. Vete, vete ingrato, á quien he socorrido cuando no tenía á quien volver los ojos, á quien he entregado mi honor creyendo encontrar un corazón honrado donde solo he hallado un malvado.

— Merezco tus reconvenciones, pero no puedo unirme á tí; mi familia se opondría....

— ¡Tú familia! ¿Y dónde está tu familia, impostor? Y aun cuando la tuvieses y fuera de las mas ilustres, ¿podria reusar que te unieras á mí? No creas que soy menos que tú: la mia, aunque no existe sino esta pobre anciana de toda ella, fue mas ilustre que lo puede ser la tuya, y tuvo bienes tambien y amigos poderosos. Sí, continuó, mi suerte me ha reducido á este estado, á vivir con lo poco que nos dejaron nuestros enemigos, mi abuela y yo. Y cuando crei encontrar en vos abrigo y proteccion, tan solo encuentro ingratitud y desprecio; en vos, el autor de mi desgracia.

— Calmaos, yo os proporcionaré un esposo que os amará, jóven y honrado.

— No creais que por despecho vierto este llanto, no, os aborrezco! pero soy desgraciada, me habeis perdido! ¿Qué dirá el mundo de mí?

— El mundo no verá nada en vos ni en mí.

— Dirá que me habeis deshonorado y que me despreciais por liviana.

— No, no dirá eso; y luego, ¿quereis desper-

diciar esta coyuntura?

—Marchaos, infame, de mi presencia. ¿Me quereis alucinar?

Salió el, y la jóven se quedó llorando con la buena anciana que estaba perlática.

De allí á poco tiempo la jóven fue madre, pero tuvo el sentimiento de perder en el momento el fruto de una pasión desgraciada. Dios supo lo que se hizo.

Por fin la desgraciada jóven dió su mano al hombre que le había designado su verdugo. Consideró que iba á verse sola y abandonada de todo el mundo, y no tenía suficiente valor para soportar tantos infortunios. Además, el jóven, aunque pobre y oscurecido, era de buena familia aunque huérfano en la actualidad.

Del modo que se valió para arreglar el matrimonio el seductor, lo ignoramos; lo cierto es que al fin los casó.

Habían pasado diez años de matrimonio, y por empeño del primer amante, que á la sazón tenía algun influjo con algunos funcionarios públicos y hombres de Estado, le pudo lograr un destino algo lucrativo, con el cual y lo poco que llevó en dote la jóven, vivían al parecer dichosos con una niña que ya contaba nueve años. El antiguo amante seguía visitando á la víctima, la cual le miraba, no ya como á su seductor, sino como al protector de su esposo y de ella. El tiempo y los beneficios lo habían borrado todo. Hacia tiempo que este pertenecía á una junta secreta de las muchas que entonces había en toda la Francia, y de las que salió la gran revolucion como un torrente detenido, que arrastró despues en su rápido curso tronos y familias. El esposo de la cuitada por el contrario, era de natural apacible, y sin conocer otras leyes que las que entonces regían, las respetaba y á sus soberanos. Habíale cogido antipatía á su protector á pesar de lo que le debía, mas no dejaba de conocer que era un traidor. No lo ignoraba su protegido, y ya mas de una vez pensó en el modo de deshacerse de él, pues le perjudicaba tener un enemigo conocido en aquella época.

Pidió una entrevista á la esposa á media noche diciéndola que era urgentísimo que así fuera, no tanto porque la hora favorecía para su intento, decía él, cuanto por la seguridad de vuestro esposo. La desdichada no titubeó en acceder, creyendo lo que decía aquel hombre, y mas que todo quiso salvar á su esposo del riesgo en que creía se hallaba por lo que le había dicho el pérfido seductor. Encomendóla el silencio, y sobre todo con su marido, y se alejó despidiéndose hasta la noche.

En el capítulo siguiente verán nuestros lectores el resultado de trama tan infernal.

EL ASESINO.

II.

La diez de la noche habían dado en todos los relojes de la capital. En una calle oscura en extremo, veíase reflejar la opaca luz de una bujía, sobre los rostros de dos personas que estaban en pié una enfrente de otra. El rostro del hombre nada tenía de hermoso ni de humano; por el contrario, su mirada oblicua, sus maneras desgarradas, su rostro enjuto y su mortal palidez, revelaban en él un alma destemplada y sanguinaria. En cuanto á la jóven que en frente de él se hallaba, reunía todas las bellezas de la hermosa juventud. Su figura era esbelta, su mirada elocuente y tierna, y en cuanto á sus prendas interiores, estaban en contra-posición con las del hombre que delante de sí tenía. Era la Virgen unida á Satanás, la imágen de lo bello con lo deforme del vicio y maldad en su estado mas odioso. Rompió el silencio la muger y dijo:

—¡Por Dios, señor, marchaos!

—¿Qué temor es ese? ¿Qué os agita, mi bella señora?

—Si acaso mi esposo....

—Nada temais, está bien dormido, y no despertará tan fácilmente.

—¿Qué decís?

—Quiero decir, que son infundados vuestros temores.

—¡Ah, cuánto me haceis sufrir! Si despertara tal vez creería....

—No, pero vamos, no os aflijais, me voy ya; mas, cuidado con lo que habéis de lo que en adelante observeis.

Acompañó á esta advertencia una mirada infernal, y desapareció por una escala de seda que en el balcón había.

Volvióse la joven á su aposento abatida y llena de incertidumbre por lo que le oyó decir.

De allí á una hora sonó un grito terrible: acudieron los criados y hallaron á la jóven desmayada, y un hombre recientemente asesinado en la alcoba.

EL REPUBLICANO.

III.

En una elegante sala adornada con toda la pompa de un romano, se ve á un hombre ajado ya de alma y cuerpo, sentado en un sillón, teniendo en frente una mesa, en la que escribe con rapidez. Sus ojos al trazar los renglones en el papel se le saltaban de alegría; su boca entreabierta, parecía aspirar una delicia inefable: estaba en su elemento como Satanás sobre el infierno. Acabó su trabajo, y desviándose un tanto de la mesa, cogió

el papel escrito y se puso á repasarlo con avidez.

—Sí, exclamó, todos estos deben morir por ahora; son unos traidores á la república y por lo tanto reos de alta traición. Hoy mismo los delataré en el tribunal y pediré sus cabezas para espacion de su delito.

Esto dicho, recostó la cabeza sobre el respaldo del sillón y quedóse dormido.

De allí á poco, apareció en la casa una joven sumamente recelosa. Tendió la vista en rededor, y no viendo á nadie sino al verdugo y dormido, descubrióse con calma, sus facciones eran severas, su tez de alabastro, y aunque aquello revelaba en ella una firmeza baronil, no dejaba por eso de participar de la sensibilidad y candor anexo á su sexo. Largo rato contempló la joven al hombre que allí veía, hasta que exclamó con dolor concentrado:

—¡Hé aquí el verdugo de mi patria, el azote de la humanidad! ¿Será un castigo? ¿Será que tú, divino Señor, hayas querido valerte de este monstruo para castigar los extravíos de tus hijos? Pero no, no puede ser que tú, fuente de toda justicia y piedad, consintieras en que este monstruo horrible ejerciera sus crueles venganzas! No fuiste tú, fué el averno quien lo abortó á la tierra.

Quedóse un largo rato sumérgida en sus tristes cavilaciones y luego prosiguió mas resuelta:

—Sí, es necesario este sacrificio; ¡Dios lo acogerá con amor! Y luego, ¿para qué quiero la vida si no puedo librar la tuya, Federico?

Dicho esto sacó de su argentado seno un agudo y elegante puñal, y ya se disponia á herir el pecho del infame, cuando este agitado por turbulentos sueños exclamó:

—No, no me mates; ten piedad de mí!

Asustóse la joven con aquella repentina transición y ocultó el puñal; iba á salir cuando despertó el infame: vióla y le dijo:

—¿Tú aquí! ¿Qué buscas?

Titubeó la joven y dijo entre sí: «probemos.»

—Venía á pedir os un favor.

—Veamos.

—Sé que ha sido aprehendido un joven y que va á ser gillotinado: concededme su perdón.

—¿Su nombre?

—Federico L'Horne.

—¿Cómo, intercedes por un criminal! ¿Ignoras que es un realista!

—¡Por compasión!

—Imposible, no puedo. Pídemelo que quieras: todo te lo otorgaré, pero entregarte el prisionero, nunca!

—¡Nunca, nunca!

—¡A un impío, á un enemigo de la república! ¿Y te atreves á interceder por él?

—¡Ah! Si teneis sentimientos humanos, si sois hombre y no fiera concededme su perdón. Aun es tiempo: ¡concededme su perdón!

—Si no fueras una muger á quien yo he visto casinacer y que conozco por sus sentimientos republicanos, diría que eras una realista y no te valdría ser mi protegida.

—¿Quién? yo republicana! tener yo los sentimientos de ese horrible tribunal! yo abrigar los sentimientos de los que han asesinado á Luis XVI! Oh! no lo creais nunca: yo amo á mi país, y nunca seré su verdugo.

—¡Desdichada! ¿Sabes que te pierdes con lo que has dicho? ¿Sabes que á mi antojo haré rodar tu cabeza sobre un tablado?

—¡Hacedlo! le respondió la joven con una firme serenidad.

—No; seré mas humano: te perdono. Y luego hablando consigo mismo exclamó: sería inmolar dos víctimas á mi ambición. Viva la hija ya que murió la madre.

—Escúchame, continuó diciendo el nuevo Atila; conoces bien mis principios, sabes tambien que por nada en este mundo desisto de mi resolución una vez tomada; pues bien, para que veas hasta que punto me intereso por ti, te concedo el perdón de Federico ese joven.

¡Ah! exclamó la joven en un arrebato de alegría.

—Pero atiende á lo que te voy á decir. Te hago este sacrificio en menoscabo de mis principios, con la condición que has de ser mia.

—¡Ah! volvió á exclamar la infeliz, poseída de distinto sentimiento.

—Sí, criatura angelical, serás mia y todo te será concedido. ¿Qué respondes?

Si un rayo hubiera caído en aquel instante no le hubiera causado mas espanto que las palabras del infame verdugo. Solo pudo exclamar:

—¿Quién, yo? ¡Ser vuestra!

—Sin duda, contestó él, serás mia y todo lo tendrás. Ricos vestidos con encajes, soberbias haciendas, coches, caballos, y mas que todo eso poseer el corazón de un miembro de la república.

—Había en las palabras de aquel hombre tanta hipocresía, tanta humildad aparente, que cualquiera que no conociese sus infamias le hubiese tenido por un hombre bueno y compasivo, si á pesar de esto no desmintiese tales sentimientos su rostro enjuto y macilento, espejo fiel de su negra alma, toda hiel. Si en alguno se retrataba el estado de esta en el rostro, lo era superlativamente en el suyo.

Habíase quedado la joven sin saber qué contestar á aquel hombre; luchaba entre el temor y la venganza, y aunque ya abrigaba las intenciones de asesinarle en su ardor patriótico, no se atrevía á la sazón, temerosa de errar el golpe. Pero si en aquel instante de irresolución hubiese sabido que aquel hombre que tanto la martirizaba con su barbarie había sido el asesino de su padre, si hubiera sabido que aquel hombre era el seductor y verdugo de su madre, no hubiera te-

nido reparo en haberle asesinado cara á cara, librandole á la sociedad de un miembro tan corrompido.

Tenia los ojos bajos, inmóviles, como si buscara una idea que la sacara de aquel conflicto. Sabia que no habia que esperar ni perdon ni piedad de aquel monstruo, sino á costa de su honor; por lo tanto fijó su determinacion, y alzando sus ojos á aquel tigre, le dijo con una calma y una serenidad dignas de una matrona romana.

—Os concedo todo lo que pedís, con tal que me deis licencia para hablar un corto instante con el reo.

—Concedido, le respondió el republicano lleno de gozo contando ya con su presa.

—Firmad ahí la orden para que se me permita hablar con él.

Y le presentó un papel en blanco.

Asi que hubo firmado lo recogió y guardó en el seno la desgraciada jóven. Ya se disponia á partir, cuando asiéndola él por el brazo le dijo:

—Despidámonos amigos; dame un abrazo y que sea el precursor de nuestra felicidad futura.

—Dejadme, señor, le dijo repeliéndole con suavidad, aunque algo enojada; aun no está en libertad Federico.

—Pero lo estará muy presto: antes de ir al tribunal te prometo que quedará libre.

—Pues hasta entonces no os pertenezco. Volveré pronto, le dijo marchándose.

—¿Cuándo? preguntó él con una risa estrambótica.

—Mañana á estas horas.

Despues de dicho esto le miró con altivez y salió diciendo: «Al menos te veré por la última vez, Federico.»

Aun no habia llegado á la calle cuando soltó una carcajada el viejo republicano.

¡Oh necia credulidad! exclamó. ¿Creiste, pobre mozuela, que se sacrificaría un reo de consideracion á un pasajero capricho? ¡Insensata! él irá al cadalso, y tú serás mia mañana.

Luego se puso á hojear los papeles, y cogiendo el que antes habia escrito dijo:

—Vamos al tribunal á pedir las cabezas de todos estos; por hoy son bastantes, aunque no llegan á doscientos.

Dijo esto con la serenidad que le era característica, y salió.

De allí á poco estaba en el tribunal entablando la acusacion.

(Se continuará.)

LA ESCLAVA CRISTIANA ORIENTAL.

I.

Entre nubes brilladoras,

Seductoras

De plata y rojo arrebol,

Del Occidente en la altura

Su luz pura

Oculto trémulo el Sol.

El aura juega ruidosa

En la rosa

Y el aromoso jazmín,

Retratándose sombrío

Sobre el río

El firmamento sin fin.

Se oye sobre el limonero

Al jilguero

Que canta su puro amor,

Y de la lejana fuente

Vagamente

El cadencioso rumor.

Mansamente va pasando,

Murmurando.

Con voz muy dulce y sutil,

El Betis ante Sevilla

Maravilla.

Del cristiano y el jentil.

Y la noche silenciosa

Presurosa

Va á cubrir sin detencion,

Del minaret la cabeza

Donde reza

En alta voz un *Santon*.

II.

En un harem encerrada,

Y guardada

Por hombres de negra faz,

Está Leonor la hechicera

Sin que hubiera

Contento en su alma ni paz.

Garzos son sus ojos bellos;

Sus cabellos

Son hebras de oro de Ofir,

Triste su pecho suspira

Cuando mira

Correr el Guadalquivir.

Lo ve por estrecha reja,

Y su queja

El viento lleva veloz:

Oculto en triste lloro

Oye un moro

Envuelto en rico albornoz.

»Mal haya la *media luna*

Mi fortuna,

Y el recinto de este haren,

Donde esclava sin consuelo
 Triste duelo
 Oprime mi alma y mi sien.
 »Malhaya el hombre inhumano,
 El tirano
 Que me hace sufrir cruel:
 Por premio á su tiranía
 Me pedia
 Mi corazon el infiel.
 »Me da telas delicadas,
 Y bordadas
 Con oro y con piedras mil,
 ¡Ay! por no estar prisionera
 Prefiriera
 La estofa mas ruda y vil. . . .
 »Al pensar en los cristianos
 Castellanos,
 No ceso de suspirar.
 Solo el eco me acompaña
 Y me engaña
 Aumentando mi pesar;
 »Pues pienso que le responde
 Nuño, el Conde,
 Al ¡ay! de mi corazon:
 No cesará mi tormento
 Ni un momento,
 Mientras jima en la prision.
 »Malhaya la media luna,
 Mi fortuna,
 Y el perverso musulman. . . .
 ¿Como es posible que viva
 Si cautiva,
 No se concluye mi afan? . . .
 Así dijo la hermosura
 Con tristura,
 Y un suspiro al viento dió,
 Y el moro que la escuchaba
 A la esclava
 De este modo respondió.

III.

»En buen hora vete ingrata,
 Y me mata
 Sin piedad, sin compasion . . .
 Vete, pues no has comprendido
 Ni has sabido
 Cuán inmensa es mi pasion. . . .
 Rota está ya tu cadena
 Nazarena,
 Y tu pesar concluyó.
 Alá te guarde señora
 En mal hora
 El triste Hacem te miró.
 »En brazos de un nazareno,
 Y en su seno,
 Búrlate de mi dolor:
 Búrlate de mi quebranto,
 De mi llanto,
 Y recuerda tu rigor.

»Yo te llamé mi sultana
 Castellana,
 Te adoré como á una hurí;
 Y tú cruel has despreciado
 Has matado,
 A quien tanto te amó á tí. . . .
 »Vete en buen hora te digo,
 Y conmigo
 Deja el luto y el pesar,
 Que yo seguiré mi suerte
 Y en la muerte
 Consuelo al fin podré hallar. . . .
 Así dejo tristemente,
 Y luciente
 Puñal, del cinto sacó,
 Y el desventurado amante
 Delirante
 En su pecho lo clavó.

JUAN JACOBO DE FUENTES.

AMOR VERDADERO.

ALEGORIA.

Con pompa y con jentileza
 En un desierto arenal,
 Formó la naturaleza
 Un delicioso rosal
 De aventajada belleza.
 A su lado plantentera
 Ostentaba su hermosura
 La clavellina altanera
 Voluptuosa, hechicera,
 Mecida por aura pura.

El rosal solo una flor
 En su centro poseía
 De matizado color,
 Y en el tallo parecia
 El emblema del amor.
 La clavellina indolente
 Igual otra flor mostraba
 De un carmin resplandeciente,
 De tersa y limpia frente
 Que al viento perfumes daba.

Solos la rosa y clavel.
 Allí en el desierto estaban,
 Ella mirándose en él,
 Y ambos á dos se adoraban
 Desde su hermoso verjel.
 Allí aislados contemplaban
 Del hombre Dios la grandeza,
 Y sin penas resbalaban
 Entre lánguida pereza
 Los días que ambos contaban
 Y ya soplase furioso
 El iracundo aquilon,
 Ó ya el terral delicioso
 Ella feliz y él dichoso
 Gozaban de la creacion.

Tanto pudo en ellos dos
 El estado en que los puso
 La mano augusta de Dios,
 Que el clavel todo confuso
 Dijo á la rosa: «Si vos,
 Donosa y bella Señora
 Ovérais la pena mía,
 Si me otorgarais un hora
 Para esplicar la traidora
 Profunda malancolia
 Que me mata, desdichado
 Feliz entonces me viera,

Aun mas feliz adorado
 Angel de mi vida entera.
 --Hablad pues, clavel ama
 Y el arrogante clavel
 Inclinado hácia la rosa
 Que distaba poco del
 Así en trova perezosa
 Espresó su pena cruel.

CLAVEL.

«Fragante dama de abril,
 Donosa virgen mecida
 Por el aura que á tu vida
 Le da frescura y vigor;
 Oye la triste querella
 De mi pecho entristecido.
 Agobiado, cargomido
 Por el tormento de amor,
 Amor que naciera en mí
 Al mirar tu donosura.
 Tú gallardez y hermosura
 Perdida perla en el mar.
 Yo te adoro casta virgen
 Olvidada en el desierto
 Con un porvenir incierto
 Que solo te hace penar.
 Dime si quieres amante
 Unir tu suerte á la mía,
 Y troquemos hoy en día
 Los pesares en pasion.
 Yo mi vida ante tus plantas
 Pondré mi amor por ofrenda
 Y de amor te daré en prenda
 Mi ardoroso corazon.
 Dejaremos estos sitios
 Y á las córtes volveremos
 Donde orgullosos podremos
 Nuestra ventura gozar.
 Y en espléndidos jardines
 Seremos solo señores,
 Tú escuchando mis amores
 Que nos harán delirar
 Dejaremos estos campos
 Estériles y escabosos.
 Y en las ciudades dichosas
 ¡Ay cuánto amor gozarás!

No te duele esta tristura
Que adviertes en este suelo?
Ven á buscar otro cielo
Que dichosa admirarás

LA ROSA.

¿Y cómo quieres que infiel
Olvide ingrata mi cuna?

EL CLAVEL.

Desprecias, pues, la fortuna?

LA ROSA.

Si, la desprecio, clavel.
Porque si á ser desleal,
He de gozar tus amores,
Prefiero fiel los rigores
Sobre este vasto arenal.

EL CLAVEL.

Y ¿que les debes ahí di
A estos sitios por ventura?

LA ROSA.

¿Que les debo? mi hermosura.
Mi existencia...

EL CLAVEL.

Comol

LA ROSA.

Si;
Mi existencia, mi vigor,
Mi frescura, mi albedrío,
Y nunca no, te lo fio,
Olvídare tanto amor.

EL CLAVEL.

Conqué no quieres partir
Donde luzcas de mil modos?

LA ROSA.

Ahí codiciada por todos
Fuera eterno mi sufrir.
Yo no quiero de los cortes
El bullicio y los festines,
Ni habitar rejíos jardines
Ni agostarme en sus transportes.
Me basta la soledad,
Y vivir sin pena y susto
Siendo dueña de mi gusto
Con amor y libertad.

EL CLAVEL.

¿Y no te ilusiona, di,

El ser de todos querida?

LA ROSA.

No, pues será apetecida
Hasta que gozen de mi.
Y despues me ultrajarán,
Y marchitada por todos
Despreciada de mil modos
Mi vida desgastarán.
No quiero del mundo mas
Que un amor que pague el mio,
Pero amor sin albedrío
Oh! no, nunca lo tendrás.
Te adoraré con pasión,
Mi vida será tú vida
Y mi existencia á ti unida
Tendrás con mi corazón.
¿Y dónde mayor placer
Hemos de encontrar? ah di!--
No me conociste aquí?
Pues aquí te he de querer.
Te ofusca tu banidad,
Quieres gozar entre flores
Sin pensar en los dolores
Que te guarda la ciudad.
Serás por mil codiciado,
Y te alzarán monumentos,
Y perfumarás los vientos,
Y serás divinizado.
Pero luego llegará
El tiempo del desengaño,
Y en vez de amor solo daño
El tiempo en ti estampará.

EL CLAVEL.

Ahora conozco tu amor
Te amaré donde tu quieras.
Olvido locas quimeras
Que imaginé; ¡falso error!

LA ROSA.

No te basta el corazón
De la que tierna te adora?

EL CLAVEL.

Deten el labio, señora,
Que me mata la pasión.
Toma mi vida; te adoro;
Contigo el desierto unido!

LA ROSA.

Ven á mí, dueño querido,
De mi existencia el tesoro.
Y uniéndose ambos á dos
Tacáronse con la frente,
Y el viento llevo su ambiente
Á la presencia de Dios.

EL CUPIDO

A SUS SUSCRITORAS.

Ocho dias hace suscritoras bellas, que tomamos la pluma para divertirnos; en el primer número que os dimos, eché como jefe mi cuarto de espadas, pero á los dos dias como soy tan voluble, di un vuelo y me planté como Mr. Arban entre cielo y tierra.

Allí habíais de ver hermosas (que fresco hacia) como dirigía mis flechas contra vosotras, para que mis compañeros recogieran el fruto (de las suscripciones), y con placer he sabido que ha sido tan abundante, que como ellos lo confiesan, no ha habido año igual.

Al saber tamaña noticia mi júbilo fué sin igual, bailé un pax-de-deux mucho mejor que la última compañía del Circo, (que ha tronado por mala), canté una ária, que podia rivalizar con las que se cantan en el Museo, cuya compañía *pasa* y no digo mas; y recité una pieza andaluza no tan bien como el Sr. Dardalla, cuyo señor en este género es inimitable pero algo mejor, que los que le acompañan, y con mas gusto que los actores del teatro del Principe, porque como no manda el Ayuntamiento no me puede poner á medio sueldo, y á propósito quisiéramos hacer algunas preguntas al Exmo. Ayuntamiento ¿Por qué razon sus SS. no consultaron sus intereses antes de formar una compañía para su teatro? y despues de formada, por qué no examinó el presupuesto? y despues de examinado este, por qué no vió si podria cubrirlo? Y si podia, por qué quita la mitad del sueldo á sus actores? y sino podia por qué se compromete? Pone el contrato de los actores que el Exmo. Ayuntamiento podrá hacer lo que le dé la gana? Nunca espero merecer la contestacion de tan Exmo. Cuerpo, si á mi me la esciégieran diria que como estamos en España cada uno hace..... lo que le dá la gana, *iba á decir*; pero no me atrevo.

Por lo demas, diremos que nunca estará el Principe tan bien organizado, dirigido y pagado como cuando era empresario el Sr. D. Julian Romea, cuyo sugeto es digno del mayor elogio, pues sabemos que ha trabajado para que tal medida no se llevase á cabo.

Pero perdonad suscritoras mias, que me haya olvidado de vosotras; sin querer; iba á deciros..... pero está visto que no me dejan: ahora viene el tipógrafo diciendo que le dé original.

--Toma, hombre toma, le dije, que en el número que viene ya se lo contaré á ellas.

Y dejando la pluma..... ya os diré el domingo, lo que hizo

CUPIDO.

1

Feliz yo si contigo un solo dia
Pudiera disfrutar como las flores
Del placer inefable, la alegría,
Que gozaron los dos en sus amores.

ALEJANDRO SIERRA y LOGÜ.



EL CUPIDO
A SUS SUSCRITORES.



A. S. y L.



J. M. del C.



M. T.



F. de C.



F. V.



J. J. de F.



J. F.

LA BERLINA.

¿Con qué estamos en BERLINA?

Ciertamente, y es muy justo;

Con eso daremos gusto

Quizá á mas de alguna Oundina.

Y por Dios que con razon

Estamos de tal manera

Faltándole la mollera

Á toda la redaccion.

Y sin embargo se empeña

En escribir y narrar

Sucesos y criticar.....

Y luego dirá que enseña!

Pues bien, si arrogante y fiera

Se empeña en ser escritora,

Se pondrá en BERLINA ahora

Y ella será la primera.

Pero tendrá igual prebenda

Quien cual ella se atreviere

Á hablar lo que no supiere

Y á decir lo que no entienda.

Madrid.